

DICCIONARIO ESPASA ALQUIMIA

JUAN G. ATIENZA

ÍNDICE GENERAL

Prólogo	1
Introducción al lenguaje hermético	6
Es llegado el tiempo de remodelar la conciencia	6
Profetas de un paradigma que creemos nuevo	8
La renovada modernidad de Hermes Trimegisto	11
La base del hermetismo oriental	14
Esa secreta demanda de libertad	16
El miedo a expresar la verdad	19
El lenguaje integral de los alquimistas	22
Una historia oculta, unitaria, ecuménica e intemporal	26
Cuando la historia reta a la cronología	26
¿Cuándo comenzó la alquimia?	29
Descubrimiento mental originario del proceso	32
Interacciones	36
Los grandes periodos de la alquimia	39
Hoy como ayer	44
Ciencia, anticiencia y tradición	48
De la autoría de la obra	49
La historia imposible de algunos grandes	52
La exacta dirección de la mirada	56
La apisonadora de la ciencia	58
La cara alquímica de la moneda	61
Sólo el ser humano une la alquimia a la ciencia	64
El secreto de la unidad esencial	68
¡Que piensen ellos!	69
Lo que está arriba y lo que está abajo	71

Partenogénesis	74
En el principio también fue ella	77
Caos y orden	80
La piedra divina	84
Como si fuera verdad	87
Los valores múltiples del símbolo	91
La equívoca sombra cegadora del oro	91
Los nombres de las cosas	94
La reducción a los orígenes	97
La amorosa historia del recipiente sagrado	101
Conciencia simbólica del alquimista	105
El símbolo materializado	108
Todo puede ser alquimia	111
Introducción al diccionario	114
Colofón	427
Bibliografía	439
Ediciones de textos alquímicos	440
Revistas	458
Estudios	460
Índice de nombres	483

PRÓLOGO

El paradigma alquímico es tan extenso que, a todos los niveles del quehacer humano, desde el arte al pensamiento, desde la técnica a la experiencia religiosa, ha determinado la configuración de una parte muy extensa de la cultura y de la historia, casi desde que el hombre despertó a una conciencia lúcida de su entorno. Ha constituido, unas veces de modo consciente, otras intuitivamente, un aspecto fundamental de nuestro contacto con la realidad y de nuestros intentos por integrarnos en la unidad esencial del universo. Ha logrado unir lo mágico a lo lógico; y cualquiera que haya sentido la necesidad de integrar el pensamiento racional en la conciencia de lo trascendente ha tenido que recurrir al paradigma alquímico para explicarse, siquiera a modo de ejemplo, unas evidencias que suelen escapar a nuestras inquietudes más profundas cuando nos cegamos a la urgencia íntima de superar la cotidianidad y no somos capaces de concretarlas a través de experiencias propias o ajenas que nos puedan acercar al convencimiento de lo inefable.

Por eso, a pesar de cuanto se ha escrito sobre la alquimia a lo largo de la historia, tanto los numerosos tratados como los abundantes estudios a los que podemos recurrir no pasan de ser, en general, puntos de vista concretos, expuestos casi exclusivamente desde la perspectiva de quienes los escribieron; expresiones espontáneas de las conciencias individuales de sus autores y de sus condicionamientos culturales, sean estos autores quienes sean y dondequiera que podamos situar la época en que hayan vivido; y apenas resultan una aproximación parcial —e irremediable—

mente incompleta— a una disciplina de dimensiones cósmicas, que trasciende lo personal, aunque se manifieste a su través, y que plantea, como muy pocas otras experiencias humanas, el acercamiento a ese punto crucial en el que el individuo toma contacto consciente con la totalidad en la que está integrado. Lo cual significa que todo el cúmulo de literatura alquímica existente, compuesto de miles de tratados y de otros tantos miles de estudios teóricos sobre su significado y sus fines, no es más —aunque ya es mucho— que un cúmulo de piezas sueltas que responden a un inmenso caleidoscopio metafísico que, en su misma pluralidad, nos impide apreciar el conjunto de la búsqueda emprendida. Recuerdan, a lo grande, aquel apólogo sufí —creo recordar que nuestro Ibn Arabí de Murcia lo aludía en uno de sus tratados místicos— de los ciegos que se encontraban ante un elefante y pretendían describirlo a partir de su propia experiencia táctil. Para el que palpaba la pata, el elefante era como un tronco de árbol; para el que acariciaba su oreja era una gruesa colcha rugosa y para el que tocaba su trompa era como una enorme serpiente de tosca piel.

El elefante de la alquimia surge también así ante la conciencia humana, cuyos sentidos la han vuelto parcialmente ciega a la realidad. Unos la toman como un antecedente de la ciencia química; otros, como una experiencia iniciática; muchos —posiblemente demasiados— como un intento de enriquecerse transmutando oro o fabricando esa panacea universal que el ser humano viene buscando desde que tuvo conciencia de sus propias carencias vitales. Los alquimistas sinceros abordan la experiencia alquímica como quien apuesta por la posibilidad de penetrar en el secreto último de la Creación. Y muchos, entre quienes han emprendido la tarea de estudiarla y comprender su misterio, la han descrito como una materialización del lenguaje simbólico que anida en el ser humano más allá de todo aprendizaje convencional y que, al ponerse en evidencia en el espíritu, nos desvela nuestros propios misterios, aquellos que, aunque los ignoremos, están agazapados en lo más profundo de nuestras complejas estructuras.

Abordar el fenómeno alquímico desde todas las perspectivas que ofrece, parcialmente válidas en su mayoría y ninguna de ellas

totalizadora, es una tarea que anticipo ya como imposible. Siempre se nos escapará un aspecto fundamental de tan rica experiencia y, a menudo, confundiremos sin quererlo su auténtica esencia con alguna de sus manifestaciones puramente fenoménicas, anecdóticas o marginales. En realidad, la alquimia será lo que signifique para cada uno de los que intenten abordarla, pues, como toda experiencia que se pretende trascendente, es un modo más de indagar en la realidad universal que, justo por constituir la Realidad y por ser universal, sólo puede abordarse desde parámetros personales e intransferibles de la conciencia, sin que al buscador le quepa intentar siquiera hacer suyos en su totalidad los logros subjetivos de otros buscadores que le precedieron, si es que quiere alcanzar conscientemente su meta (v. pág. [1]). Pues la vivencia de lo trascendente —de lo que supera con creces nuestra capacidad de servirnos de la razón— nunca puede tomarse de prestado, aunque a menudo tengamos que recurrir a experiencias ajenas que nos allanen parte del camino a recorrer.

¿Qué puede suponer, en estas circunstancias, este intento de abordar una obra titulada *Diccionario de Alquimia*? Aclaremos, en primer lugar, que nunca será ni podría llegar a ser un libro que permita al neófito curioso *aprender* alquimia. Pues la alquimia no se aprende, sino que se experimenta. Si algo nos han dejado claro los alquimistas de todos los tiempos a través de los tratados que nos transmitieron es que cada buscador que ha emprendido el seguimiento de la Obra, si acaso ha alcanzado la meta, ha sido mediante pasos casi siempre irrepetibles que ni siquiera le han servido a él mismo para emprender experiencias ulteriores. Nadie —o aceptemos mejor: casi nadie— ha sido capaz de retener en la memoria o en el espíritu todo el cúmulo de circunstancias que le han llevado al éxito una primera vez, y a la hora de reconstruir la experiencia, ha tenido que partir nuevamente casi desde cero, o de mediado el proceso, para lograr salir triunfante de nuevo. Y ello aun admitiendo que el triunfo exista realmente. Digamos, pues, en este sentido, que a la alquimia, en tanto que experiencia, la rige un auténtico «principio de indeterminación» que, en cierta medida, aunque salvando distancias, equivale a aquel con el que los grandes físicos de nuestro tiem-

A

Abano, Pietro di. Conocido también como Petrus Aponensis, fue médico, filósofo y alquimista, nacido en 1250, en la localidad de la que tomó el nombre, y muerto en 1316. Estudió medicina en París y allí dictó cursos de fisionomía (editados por Blondus en 1544); después, se estableció en Padua, donde ejerció como médico seguidor de la tradición averroista. Su fama de mago avaricioso le acarreó la creencia de la gente de que recuperaba por medios hechiceriles los dineros que pagaba por sus gastos. La Inquisición le reclamó dos veces, pero salió absuelto de los primeros interrogatorios y murió antes de ser interrogado la segunda vez, por lo que fue juzgado, condenado y quemado en efigie.

Entre su obra cabe destacar: *De venenis quoumque remediis*, editado en 1472, y *Conciliator differentiarum quae inter philosophos et medicos versantur*, editado en Mantua en 1472; este último fue editado posteriormente en Venecia, en 1476. Igualmente se le atribuye un

Heptameron, cuya primera parte se compone de conjuros evangélicos y la segunda consiste en un tratado de magia. En su libro *Conciliator* [...] equipara la medicina a la alquimia, poniendo a ésta como materia necesaria para ser conocida por los médicos a la hora de dictar remedios.

Abas Ibn Firnas. (m. 888). Alquimista y astrólogo árabe de la corte del emir cordobés Abd al-Rahman II. Inventó una fórmula para fabricar cristal, construyó una maqueta del cielo en la que se simulaban incluso relámpagos y truenos y planteó la posibilidad de que el hombre pudiera volar. También parece ser que fue el primer maestro andalusí de música.

ablución. Lavado y cocción constante de la materia prima en estado de putrefacción (*nigredo* (v.) o melanosis) para que lo supere y se transforme en *albeldo* (v.): blancura (v. pág. [2]). Se suele llevar a cabo mediante la acción de un fue-